

Anuncian 10 ganadores del Premio Relato Cristiano

Posted by C.E. on 11/16/2011



El jurado del Premio Relato Cristiano decidió doblar a 10 su selección de ganadores. Recompensas especiales de 500 dólares para autores de México y Costa Rica. El libro estará disponible a principios de año.

En una sorpresiva decisión y a sugerencia del jurado, la casa editorial norteamericana Christian Editing elevó a 10 los ganadores del **Premio Relato Cristiano**, en vez de los 5 previstos en la convocatoria original de un novedoso concurso literario que durante todo el año pretendió reunir a las mejores narraciones cortas escritas en español.

El jurado del **Premio Relato Cristiano** evaluó a más de 130 obras presentadas, para dar a conocer los siguientes 10 ganadores:

Noticias sobre Harlem, por Aehécatl Muñoz González, México.
Enviado, por Álvaro Bonilla Chinchilla, Costa Rica.
Durante cuarenta días, por Álvaro Pandiani Figallo, Uruguay.
La señal de la sangre, por Claudia Pimila Martínez, Colombia.

Testimonio, por Mauricio Vecas, Argentina.

Los ojos más raros del mundo, por José Antonio Contreras Ramírez, Perú.

La torre de arena, por Boris Julián Pinto Bustamante, Colombia.

La fe de mi padre, por Gusmar Carlek Sosa, Venezuela.

Fotografía de un alma, por Gloria Edlisa Romero Lozano, Colombia.

El renacer de la fe, por Johán Alberto Arzuza, Colombia.

Dotado con 500 dólares de estímulo, el Ministerio Sembrando Semilla de Dios otorgó el Premio Especial "Semilla de Dios" al relato *Enviado*, del costarricense Álvaro Bonilla Chinchilla, "por reflejar hermosamente las maravillas del Señor, y cómo una persona diseñada con propósito y destino permitió que su vida fuera transformada para que paso a paso se fuera cumpliendo ese diseño divino", según apuntó la Dra. Teresita F. Pérez, presidenta de dicho ministerio.

Por su parte, Sociedad Misionera Global, que preside el evangelista internacional Dr. Luis Ángel Díaz-Pabón, confirmó el Premio Especial "Secretos de fe", dotado también con 500 dólares de estímulo, al relato *Noticias sobre Harlem*, del mexicano Aehécatl Muñoz González.

WELCOME HOME / BIENVENIDO A SU CASA



“LA FE DE MI PADRE”

Basada en una historia real.

Gusmar Carleix Sosa.

Cabimas, Venezuela.

Octubre, 2011.

A mis padres Gustavo E. Sosa y Carmen de Sosa,

Cuyas vidas han sido una enseñanza de fe para mí...

Y a mis hijos Efraín G. y Benjamín E. Sosa,

Por quienes anhelo un mejor cristianismo como escenario de fe.

ANTES DEBO DECIR: GRACIAS.

A Dios, forjador de la noche y el día, en quien nace la luz que golpea mis ojos cada amanecer y la oscuridad que permite mi reposo cada noche; dueño de mi fe, la misma que me dirige en la búsqueda de mi hogar, escondido entre sus brazos.

A mis padres, a quienes ya mencioné al dedicarles este proyecto, sus palabras, ejemplo y amor han sido buena compañía en este sendero.

A mis amigos, a quienes a veces llamo maestros: Argenis Yépez, Joel López; a Guslerbi y Gusleiry Sosa (mis dos hermanas).

A mi otra parte: Selimar C, sus palabras son como promesas que la brisa pasea por los laberintos de mi alma.

A un buen grupo de amigos con los que interactúo casi a diario a través de las redes sociales y con quienes es grato debatir conceptos y estructuras que definen la fe: Nicolás Panotto, Anyul L. Rivas, Luisana Verónica, Héctor B Olea, Cris Conti, Manuel Tovar, Miguel Quintero, Carolina García, Moisés Goncalves, Tiago Vera y todos aquellos que integran el grupo “Hijos de la Ruta”.

A Febe Mendoza, quien hace un par de años recorrió conmigo buena parte del sendero de la fe.

Al Reverendo Mario Peraza, por un tiempo Maracaibo fue una ciudad grande y solitaria hasta que extendió su mano para acompañarme.

A Ruth Mixter, cuyas palabras y música inspiran sentimientos que despiertan para entender la fe.

A la empresa editorial CHRISTIAN EDITING por construir este escenario al que han llamado “Premio Relato Cristiano”.

A MANERA DE PROLOGO.

Al leer la historia de los tres judíos amigos de Daniel, que fueron arrojados al horno de fuego (Daniel 3), me pregunto cómo la interpretaríamos si Dios no interviene a favor de ellos y dibuja el milagroso rescate relatado en el libro del profeta Daniel capítulo tres. Qué diríamos de ese relato si ese pasaje culminara con un versículo frío, triste y trágico que nos dijera algo como: *“Y así Sadrac, Mesac y Abed-nego, luego de vivir al servicio de Dios mostrándose íntegros y fieles, murieron en el horno de fuego hecho por Nabucodonosor para castigar a quien no adorase la estatua de oro”*.

¿Existió esa posibilidad? ¿Pudo ser ese el final?

Las valientes e inspiradoras palabras de los tres jóvenes judíos sugieren que ellos sabían que Dios tenía el poder para rescatarlos, suponían que Dios con Su poder los rescataría, también nos permiten ver dentro de ellos y entender que igualmente sabían que el Dios de sus padres, el Dios de su nación podía no salvarlos, pero aun así no estaban dispuestos a adorar la estatua del rey y traicionar al Dios Poderoso y Soberano al cual servían y adoraban.

¿Qué diríamos de estos tres jóvenes? Que fueron fieles hasta la muerte y se entregaron a la voluntad de Dios, tal vez diríamos que no dependía de ellos el desenlace de la historia. ¿Qué diríamos de Dios? Que Él es Soberano y Su voluntad no debe ser cuestionada, que siempre Su voluntad es lo mejor. ¿Seguiría siendo una gran historia? ¿Inspiraría buenos sermones? ¿Qué nos permitiría entender sobre la fe?

La Biblia relata historias cuyos finales no son tan gloriosos como el de Sadrac, Mesac y Abed-nego; historias en las que el cuidado de Dios parece no estar presente, donde las declaraciones asombrosas no son acompañadas de sorprendentes milagros que pueden enmudecer la presunción de “grandes hombres de fe”.

Observemos a Efraín, recibió una promesa de su abuelo Jacob, *“su descendencia formaría multitud de naciones”* (Génesis 48:19), y a pesar de aquella promesa está en su casa, rodeado de sus hermanos, en duelo, fue

despojado de su ganado por los hijos de Gat, quienes no solo arrebataron sus animales sino también mataron a sus nueve hijos (1 Crónicas 7: 20,21); miremos a Sansón, ciego, derrotado, palpando las dos columnas centrales sobre las que descansaban la casa de los filisteos, sin aliento, tal vez lamentando sus errores clama a Dios y ruega que le sean devueltas sus fuerzas para vengarse de los filisteos, su venganza pondría fin a la tiranía de ellos sobre el pueblo israelita, su petición fue cumplida pero murió bajo el mismo techo y en el mismo instante que los tiranos (Jueces 16:30).

Veamos a David llorando a Absalón su hijo, primero sufrió la sublevación, amenazado por su propio hijo, y luego tuvo que lidiar con la culpa de su muerte, de no ser rey de Israel su hijo aun estaría con vida y tal vez tendría una familia normal, una vida tranquila en el campo, pero Dios lo escogió como rey y en el ejercicio de su llamado debía enfrentar situaciones trágicas como esa (2 Samuel 19: 4). Contemplemos a Jeremías, quien escuchó a Dios decirle *“te he puesto sobre naciones y reinos”* (Jeremías 1: 10), ahora es blanco de burlas y calumnias, ha estado preso en cisternas y cuevas, confundido se lamenta: *“¿Por qué fue perpetuo mi dolor, y mi herida incurable, que no admitió curación? ¿Serás para mí como cosa ilusoria, como aguas que no son estables?”* (Jeremías 15: 18). También el profeta Oseas afrontó la incertidumbre y confusión al amar a una mujer que no correspondió su amor y compromiso, la amó obedeciendo la orden directa de Dios, el mismo Dios que aparentemente no tuvo cuidado de inducir en ella amor verdadero hacia él (Oseas 1:2-3).

Y así encontramos tantas historias más. ¿Qué nos enseñan estas historias? ¿Merecen la misma atención que historias como la de los tres jóvenes judíos y la resurrección de Lázaro? ¿Nos ayudan a entender el carácter de Dios? ¿Son beneficiosas para la formación de nuestras actitudes como hombres y mujeres que deseamos conocer a Dios?

En lo personal me gustan esas historias, encuentro en ellas principios que ayudan a comprender la fe, a conceptualizarla más allá de la fantasía y el sensacionalismo en la que ha sido empaquetada en muchos escenarios. Me

gustan porque ayudan a comprender la realidad, porque sirven de ancla cuando naufragamos en mares de desesperanza y lamentaciones.

Entender el vínculo entre fe y realidad es como caminar junto a Moisés a la cumbre del Pisga (Deuteronomio 34: 1-7). Estoy seguro que fue un camino largo y fatigoso, Moisés no solo debe ascender a una edad avanzada, sino que debe hacerlo sabiendo que su llegada a la cumbre será el final de su vida, que allá contemplará una tierra prometida por la cual fue despojado de sus comodidades y se le reclutó. Fue escogido para ejercer un llamado, lidió con la aflicción, la frustración, la amargura, esperando pisar la tierra prometida a sus ancestros, pero la contemplará sabiendo que no disfrutará de sus bondades, que no podrá caminar por sus senderos, ni llamarla hogar. Moisés camina con cicatrices en el alma, con recuerdos de la gloria de Dios, imágenes de Su poder, de Su bondad e incluso de Su ira. Sabe que Dios podría llevarlo a la tierra prometida, que podría hacerle vivir un par de años más, y eso pudo fortalecer su fe pero también abatir su alma. ¿Si tiene el poder para hacerlo por qué no lo hace? ¿Sino tiene que rendirle cuentas a nadie por qué no salta el capítulo y le permite disfrutar de aquel lugar por el cual él le había servido guiando a un pueblo conflictivo?

Cuando leo en Deuteronomio capítulo treinta y cuatro, versículo siete: *“...sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor”*, me gusta pensar que es una forma poética de decir que podemos abrazarnos a la fe en medio de las dudas, de la incertidumbre y la tragedia, que ni siquiera la debilidad humana puede mellar ese rayo de esperanza que nos mantiene atraídos a un mejor porvenir.

El siguiente relato está basado en una historia real, es sobre una familia que camina hacia la cumbre del Pisga; sus personajes me rodearon, miré la aflicción encarnada en sus ojos, la incertidumbre de no saber, de no creer y de creer, sentí el roce de la duda paseando entre los laberintos de la fe. Comprendí junto a ellos que se puede sobrevivir a esos minutos eternos de interrogantes, que la fe realmente es un salto al vacío, es observar el abismo desde la cima de una montaña.

“...Y llamó Juan a dos de sus discípulos,

*Y los envió a Jesús para preguntarle: << ¿Eres tú el que había de venir o
esperaremos a otro?>>.”*

(Evangelio Según San Lucas 7: 18-19).

Paula María Romero estuvo hospitalizada siete días después de padecer un infarto, murió el veintisiete de noviembre del año mil novecientos noventa y cuatro. Su infarto fue el inicio de una tragedia no sospechada, a sus setenta y cuatro años de edad presumía de buena salud y fortaleza de carácter que según ella adquirió de tanto luchar para sobrevivir y criar a sus tres hijos sola sin la compañía de un hombre que diera la cara por ella, sin la ayuda de sus padres porque a sus dieciocho años decidió dejar la tierra que la vio nacer y así enterró la posibilidad de establecer de nuevo comunicación con ellos.

La razón por la que huyó de su hogar fue bien conocida por sus hijos: sus padres pretendieron darla en casamiento, con el hijo de un hacendado de apellido trascendente. El joven era apuesto según el criterio de las adolescentes del pueblo, entre las dos familias organizaban una gran boda, pero ella apenas lo conocía y sabía que la boda sería el sello con el cual las dos familias cerrarían una transacción económica; decepcionada y herida, dos noches antes de cumplir la mayoría de edad, recogió lo que pudo en una pequeña maleta, tomó dinero de su padre y abandonó Sabana de Mendoza, un pueblito andino, donde los Romeros habían sido una familia dedicada a la siembra del café y donde ella lo tuvo todo por ser la única hija de Don Sebastián Romero, todo menos la libertad de escoger al hombre con quien casarse y el privilegio de sentir amor verdadero de sus padres hacia ella. Así que sola, sin nada más que el miedo a una vida de desgracias y la fe en un Dios que no debía fallarle, llegó a tierras zulianas, a la tierra del sol amada: Maracaibo.

Con una profunda herida, sin dinero, pero dispuesta a vencer las dificultades y establecerse en aquella gran ciudad, intentó formar una familia y se casó, pero su carácter forjado en el abismo de la amargura hacia su padre no le permitió éxito en su empeño, terminó separada de su marido, con dos hijos varones y una niña.

Cincuenta y seis años después de su llegada a la ciudad de Maracaibo, de vivir consumiéndose entre decisiones erradas y acertadas, entre momentos de alegrías y tristezas, después de ver a sus hijos adultos y de contemplar el

rostro de sus nietos, dos días después de un infarto e inmóvil en la cama numero diecisiete de la habitación veintitrés del octavo piso del Hospital Universitario de Maracaibo, se esforzó para abrir sus labios y susurró en el oído a su hijo Gustavo:

-Tal como debía ser: Él no me falló.

Gustavo Romero, el hijo mayor de Paula, la miró a los ojos, recordó los momentos de angustia por la escasez de alimento o por las enfermedades que azotaron su hogar, se vio a sí mismo levantándose cada madrugada de su niñez a las cinco en punto, ayudando a su madre, amasando harina y friendo empanadas para llevarlas al mercado del centro de la ciudad, recordó que en algunas madrugadas los ojos de su madre lucían tristes y lejanos pero ella siempre sonreía al verlo. Fue comprendiendo, mientras crecía, que aquella sonrisa era una promesa, como si ella le dijera “*no tendrás esta mirada cuando tengas mi edad*”; se vio deambulando junto a ella por los callejones del mercado vendiendo empanadas, diarios, café. La recordó envejeciendo, avanzando por el camino de una vida dura; lamentó la falta de alimento en su niñez, el trabajo duro, los sacrificios, las dificultades, lo lamentó profundamente, no por él, no por sus hermanos, lo lamentó por ella, porque fueron breves los descansos.

Besó su frente y acarició su cabello, sin palabras para decir, porque a veces el dolor emudece la voz y la impotencia roba el aliento, pensó que su mamá Paula era, tal vez, su más grande ejemplo de fe; quiso llorar, pero no podía permitírselo, no allí frente a ella que aun después de años luchando en contra de la miseria, después de sufrir un infarto y estar postrada en cama sin fuerzas, gastó lo que pudo ser su último aliento para decir “*Él no me falló*”.

Gustavo admiró siempre el carácter de su madre, atendió en todo momento sus consejos y motivado por su ejemplo de fe en un Dios al que ella llamó Bueno, sin importar los infortunios, decidió entregar su vida al ejercicio del ministerio. Cursó Teología internado en el Seminario Evangélico Pentecostal de una organización cristiana y egresó tres años después con credencial para pastorear. Por varios años estuvo pastoreando congregaciones

en los estados andinos del país por períodos cortos, la organización lo asignaba y lo quitaba de las congregaciones.

Volvió al Estado Zulia, casado con María Crespo, con un hijo varón y dos niñas, y por ocho años dirigió la Iglesia Fuente de Vida, ubicada en el barrio Ziruma de la ciudad de Maracaibo, que luego entregó a la orden de la organización, esta vez por decisión propia, para que ésta decidiera qué pastor seguiría la obra en ese lugar. Convencido de la necesidad de fundar una iglesia en la zona rural de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo y apoyado por la organización, decidió mudarse a Agua Santa y allí fundó la Iglesia Evangélica Pentecostal Getsemaní.

Para Gustavo y su esposa María fue fácil aceptar aquella idea como el deseo de Dios y ejecutarla. Para él su compromiso con Dios y la obra incluía aceptar cambios drásticos como abandonar la ciudad donde nació y creció, donde estaban su madre y sus hermanos, en la que cultivó numerosas amistades; sin embargo, mudarse ya no representaba un sacrificio muy grande pues a pesar de los ocho años que tenía sin moverse de lugar se acostumbró a una vida nómada; por su parte María Crespo supo, desde el momento en que aceptó casarse con él, que debía adaptarse a los cambios y apoyarlo en las decisiones que benefician la obra y se presentan como inminentes en el desempeño ministerial, su esposo era un hombre con sentido de compromiso, esa fue una cualidad que la cautivó. Sus dos hijas aun eran niñas y sin sentido de pertenencia a ningún lugar, apenas notaron el cambio; pero para su hijo mayor, Benjamín Emmanuel, la decisión de su padre fue injusta, se negó a aceptarla por semanas, tenía doce años de edad, ocho años viviendo en Maracaibo habían sido suficientes para que él se sintiera atado a aquella ciudad. Allí estaban sus amigos, por las tardes caminaba hasta la casa de la abuela a dos cuadras de su hogar y la escuchaba relatando buenas historias, amaba a su abuela, para él su mirada no era triste ni lejana, sino llena de paz y melancolía. Terminó aceptando la decisión de sus padres y sin más opciones intentó adaptarse a la vida en el pueblito de Agua Santa y se obligó a comprender que la determinación de su padre era necesaria para cumplir con un propósito divino. Cuando ya lograba adaptarse, a un año de la mudanza, murió la abuela.

La noche en que sus hermanos le comunicaron a Gustavo sobre el infarto de su madre fue tal vez la más oscura de sus noches. Salió al patio de su casa y notó que aquel pueblito estaba aislado del lugar donde creció, aislado de la ciudad de Maracaibo, de su madre y sus hermanos. Miró al horizonte y ni siquiera el verde vivo de la flora de aquel pueblo se percibía, la oscuridad lo cubría todo, la oscuridad nubló su alma, por un segundo pensó que tal vez también estaba lejos de Dios, se reprendió a sí mismo por ese pensamiento e imploró por la sanidad de su madre; al amanecer se despidió de su esposa y sus hijos para partir a la ciudad de Maracaibo y permanecer al lado de ella cada segundo por el tiempo que fuera necesario hasta verla de nuevo sana.

Durante siete días la congregación de la Iglesia Fuente de Vida se reunió en las tardes para orar unidos por la sanidad de la madre de quien los pastoreó ocho años, lo mismo hizo la congregación de Getsemaní; el cuerpo pastoral de Maracaibo, afiliado a la misma organización a través de la cual Gustavo ejercía su ministerio, se unió durante esa semana en cadena de oración a favor de la sanidad de Paula. Benjamín y sus hermanas hicieron ayunos parciales junto a María todos los días y se programaron para cumplir también con una cadena de oración.

Paula Romero mostró aparente estabilidad y signos que señalaron una pronta recuperación después del tercer día internada en el hospital, muchos creyeron que el avance progresivo fue una respuesta positiva a las peticiones de sanidad.

El domingo veintisiete a las seis de la mañana, Gustavo Romero atravesó inesperadamente la sala de su casa mientras que su esposa e hijos se preparaban para salir a la Escuela Dominical, se sentó y le dio la noticia a su esposa, María se cubrió el rostro con sus manos, su mente se nubló y por un momento no supo qué pensar, no estaba lista para esa noticia, la muerte de Paula no fue una opción considerada por ella. Vio a su marido, sentado, como resignado, ella lloraba pero él no. No necesitó ver las lágrimas rodando en el rostro de Gustavo para saber la magnitud del dolor de su esposo, lo conocía muy bien, supo que no lloraría allí porque sus hijos saldrían a la sala en

cualquier momento y él nunca mostraba su debilidad frente a sus hijos ni a nadie más, solo ella podía ver sus debilidades, sus conflictos, aunque él intentara ocultarlos ella siempre sabía cuándo su alma se abatía. Lo abrazó.

Benjamín salió de su habitación y los encontró abrazados, llorando; ya en su adolescencia se perfilaba como un futuro pastor, su llamado fue definido mediante repetidas imposiciones de manos y él gustosamente aceptó la responsabilidad de dar los pasos pertinentes para caminar en dirección a su llamado. Fue ese sentido de responsabilidad el que lo obligó a aceptar la decisión de sus padres e intentar adaptarse a la vida pueblerina. Hasta la fecha estuvo seguro de la sanidad de la abuela, y confió en que las oraciones de todo un cuerpo ministerial, de dos congregaciones, de sus familiares y las suyas propias serían escuchadas resultando en la sanidad como consecuencia de la fe de tantas personas apuntando hacia un mismo propósito. Así entendió la fe a una edad y en condiciones en las que el cristianismo era fácil de practicar y la fe no era tan complicada; bastaba aplicar un par de fórmulas previamente aprendidas, construidas con métodos hermenéuticos flácidos pero útiles para interpretaciones convenientes y fáciles de exponer y asimilar. Todavía su concepto de fe, sus conocimientos y argumentos no habían sido expuestos a la luz experimental de la realidad, por lo tanto a su edad practicaba el cristianismo sin conflictos. No podía imaginar contemplar la muerte como una posibilidad en el destino inmediato de su abuela porque había una gran cantidad de hermanos y ministros de acuerdo en el nombre de Jesús pidiendo al Padre por su sanidad, un suceso como ese sería contrario a todo lo aprendido en relación a la fe.

Benjamín se acercó a sus padres, María lo abrazó mientras Gustavo tomó su mano; sintió a su padre sereno, sin ira, se preguntó por qué su padre estaba allí tan temprano, por qué los encontró abrazados, tuvo temor de preguntar, su corazón se aceleró y sus manos temblaron, quizá sorprendió a sus padres en un devocional imprevisto, tal vez la abuela Paula fue dada de alta y su padre decidió volver temprano al pueblo para buscarlos y unírseles al resto de la familia en celebración; su padre le indicó que debía alistarse junto a sus hermanas, le dijo que partirían a Maracaibo porque algo había sucedido;

Benjamín no supo si sonreír o no, pero lo supo al instante cuando escuchó a su padre decir que la abuela había fallecido a las tres de la mañana.

Ese domingo no solo murió la abuela, sino también una convicción, un concepto de fe, un hijo adolescente sucumbió en un abismo, sin saber qué creer, y un padre intentó mantenerse despierto, en el mismo abismo, para encontrar argumentos congruentes a una fe a la cual no estaba dispuesto a renunciar pero sí a reformar en concordancia a argumentos reales y experimentales.

II

<<...Papá, ¿sucedieron esos milagros?>>...

Sus tíos insistieron con la idea de alejarlo del féretro, pero ninguno se atrevió, comprendieron el dolor de quien fue el nieto más consentido de la abuela Paula.

Desde que entró a la sala no quiso apartarse del cuerpo inmóvil, su madre decidió acercarse y llevarlo de la mano a un extremo de la sala y se sentó a su lado tomándolo de la mano derecha. Desde allí, Benjamín vio a sus primos llorando, lamentando la partida inesperada, aunque anunciada de la abuela, recorrió todo el espacio con la mirada, vio a su padre conversando con sus colegas ministros, que iban llegando al mediodía seguramente luego de sus respectivos servicios dominicales. Notó a su padre tranquilo, como horas antes cuando lo vio en la sala de su casa abrazando a su madre y lo escuchó anunciar la trágica noticia.

No entendió la serenidad de su padre. ¿Cómo pudo darle la noticia sin reflejar un solo gesto de ira o de dolor en su rostro? Él no pudo mantener la calma.

María sintió el apretón de mano mientras Benjamín recordaba la escena matutina: después de escuchar a su padre tembló, sus lágrimas brotaron de dolor, perdió a su abuela; la confusión se adueñó de su alma, no entendió cómo pasó eso si él oró y ayunó la semana completa con toda su fe, por un instante la ira no le permitió aceptar aquella realidad.

¿Ignoró Dios sus súplicas? ¿Su fe no fue suficiente? ¿Y qué de la fe y las oraciones de tantas personas? ¿No dicen las Escrituras que si su pueblo se humillare Él oír desde lo alto? ¿No dice que donde hay dos o tres reunidos en su nombre allí está Él? ¿Por qué Dios, al oír desde lo alto, no cumplió el deseo de quienes se humillaron y oraron? ¿Por qué si más de dos o tres se reunieron en Su nombre no se manifestó Su respuesta a favor de la petición de ellos? ¿Quizá dudó de la sanidad de la abuela?

Una docena de preguntas relampaguearon en su mente aquella mañana en el instante que escuchó a su padre decir que la abuela había muerto y al recuperar la movilidad abandonó la sala. Se encerró en su cuarto mientras sus dos hermanas salían a la sala, al escuchar la noticia ellas se aferraron a los brazos de sus padres para recibir consuelo, después de segundos de silencio escucharon golpes en la habitación, su padre abrió la puerta y lo encontró arrojándolo todo contra las paredes, Benjamín sintió su mirada y volteó hacia él, no sospechó el conflicto que vivía su padre en esa hora, solo lo escuchó decir las mismas palabras que días atrás había pronunciado la abuela: *“Él no nos ha fallado”*. Si lo que su padre decía era cierto ¿Quién había fallado?

Soltó la mano de su madre y una vez más caminó hacia el féretro, Gustavo lo vio caminar, observó su rostro y reconoció el sentimiento que reflejaban los ojos de su hijo; él mismo sufrió ese sentimiento cuando el médico interrumpió su sueño en la sala de espera y le dio la noticia, pero no tuvo el valor para arrojar las sillas de la sala contra la pared o gritar contra el cielo y reclamarle a Dios el alma de su madre, no tuvo el coraje para darle cuerda a las interrogantes que de momento justificarían el final de una trayectoria ministerial al servicio de un Dios y una fe que en ese instante parecían mentiras; no pudo acariciar ese sentimiento, tan solo inclinó su rostro y lloró, descendió por las escalera hasta la planta baja del hospital donde ubicó una cabina telefónica y llamó a sus dos hermanos para informarles lo sucedido.

Mirando a su hijo cruzar la sala en dirección al féretro revivió el momento en el que entró al cuarto de Benjamín y contempló el cuarto en derrumbe: al entrar fijó sus ojos en su hijo, su apariencia iracunda era como el aspecto de un poseído por algún demonio, pudo creer que lo estaba de no conocer el sentimiento humano que no logra controlar un adolescente inexperimentado y que es el resultado de la suma de emociones demasiado grandes que chocan entre sí en el alma humana: ira, frustración, dolor, confusión, incredulidad. Contempló a su hijo con amor, lo miró y se vio a sí mismo, sintió pena, a sus cuarenta y siete años de edad también era difícil lidiar con aquel sentimiento. Su hijo lo miró a los ojos y por un segundo también se vio a sí mismo en los

ojos de su padre y por ese mismo segundo sintió compasión por él, corrió hasta él y lo abrazó, y ya en sus brazos olvidó qué lo movió hasta allí.

Para la hora en que el féretro de Paula Romero fue sacado de la casa en dirección al camposanto Benjamín ya no sabía qué pensar.

¿Dios fue el culpable o él mismo?

Recordó los sermones que desde su niñez escuchó de distintos ministros y maestros de la Escuela Dominical y se aseguró de que había entendido y aplicado cada principio aprendido, vio el rostro de muchos de esos ministros y quiso levantarse de la silla para entrevistarlos y preguntarles por qué sucedió aquello, pero no tuvo el valor de hacerlo, tampoco quiso alejarse del cuerpo de su abuela, sabía que después de ese día no la vería más.

Durante el trayecto al camposanto recordó historias bíblicas sobre los milagros de profetas y de Jesús. Miró a través de la ventana del auto que lo llevaba y vio su rostro reflejado en la ventana, ya no era un niño, todo estaba cambiando; recordó una ocasión en la que siendo un niño de nueve años encontró a su padre detrás del escritorio estudiando un pasaje bíblico. Lo interrumpió con sus preguntas y su padre le dijo que leía una historia en la que Jesús llegó a la casa de un amigo llamado Lázaro y se encontró con la noticia de que había muerto:

-Papá, ¿Lázaro era su amigo? ¿Por qué lo dejó morir?

-La muerte es un evento natural, no lo dejó morir, sencillamente murió.

-¿Y no hizo nada por su amigo?

-Claro que sí hijo, primero lloró, porque le dolió la ausencia del amigo, y luego lo resucitó.

-Pero pudo resucitarlo antes de llorar, ¿por qué no lo hizo?

-Porque muchas veces creemos que Dios tarda, pero solo espera el momento perfecto para glorificarse, y eso a veces significa que debemos padecer un poco de dolor antes de ver su gloria, sus milagros, su bondad.

Desde niño escuchó testimonios de sanidades, de milagros, de intervenciones divinas, escuchó muchas historias bíblicas de milagros y los aceptó como ciertos sin cuestionarlos, pero mientras en la ventana del auto se reflejaba su propio rostro devastado por la pérdida de su abuela, recordó que esa mañana su curiosidad lo llevó a preguntarse si aquellas historias fueron reales o simplemente eran como las que se relataban en libros de cuentos.

-¿Son ciertas todas esas historias? ¿En verdad Jesús resucitó a su amigo? Papá, ¿sucedieron esos milagros?

Su padre lo miró sonriendo y acariciando su rostro le respondió con el argumento más simple y sencillo que pudo expresar:

-Claro que sucedieron los milagros que relata la Biblia, hijo. No tengo pruebas, no los vi suceder, pero mi fe en el Dios que inspiró las Sagradas Escrituras me hace creer que todas las historias inspiradas por Él son ciertas, aunque me pongan un puñado de pruebas que las contradigan las creeré ciertas, porque la fe es precisamente la certeza de lo que no se ve...

Esa respuesta fue suficiente para creer en los milagros relatados en la Biblia y también en el Dios de quien hablaba la Biblia. Pero durante el trayecto al camposanto Benjamín pensó que tal vez fueron solo cuentos escritos en un libro, y si esas historias eran su argumento para sostener su creencia en la existencia de Dios y las consideraba cuentos, entonces tal vez Dios no era real.

De repente se le ocurrió que posiblemente Dios permitió la muerte de su abuela para glorificarse a través de un milagro mayor, que era necesario llorar primero.

¿Qué tal si desde el principio Su plan fue resucitar a la abuela? ¿Tal vez su fe junto a la de tantos creyentes y ministros motivó al Dios de los relatos milagrosos de la Biblia a generar la ocasión para mostrar Su poder a mucha gente?

No solo fue el recuerdo de la explicación de su padre, él había escuchado numerosos mensajes que explicaban de esa forma las cumbres de las tragedias.

Llegaron al camposanto, ubicaron el ataúd al lado del hoyo en el que lo harían descender, antes de eso el Reverendo Mario Peraza dirigió un breve servicio. Entonaron tristes cantos de esperanzas, himnos cristianos de fe y gloria: *“Más allá del Sol”, “Cuando allá se pase Lista”, “Cara a Cara”,* y otros más. Luego el reverendo leyó el capítulo cuatro, versículo dieciséis de la primera carta a los de Tesalónicas.

-“El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero...”

Y concluyó la lectura diciendo:

-Ante la muerte esta es la esperanza que nos consuela: que nuestra fe nos permitirá un reencuentro. Y ese es el mayor milagro que mediante la fe podemos alcanzar.

Poco a poco se hizo descender el ataúd al hoyo, y de nuevo se entonaron himnos como una despedida, para algunas personas momentánea, para otras eterna. Los nietos e hijos de Paula se abrazaron, mientras unos gritaron su dolor, otros gimieron, como si apenas despertaran ante la realidad para encontrar a la abuela muerta y descubrir que nunca más la verían caminando por la sala de su casa o sentada en su mecedora durante el atardecer. Benjamín lloró, en silencio, de nuevo el dolor, la confusión y la ira se mezclaron para crear una alianza casi invencible en su alma, con su llanto agonizó su última esperanza: una resurrección.

Los hijos de Paula permanecieron frente al hoyo, tomados de la mano, viendo el ataúd descender, les costó creerlo: la madre fuerte perdió su batalla con la muerte. Los hermanos en la fe, los ministros cristianos, se preguntaron por qué las oraciones no fueron contestadas, pero para ellos fue fácil silenciar sus inquietudes argumentando que no se deben cuestionar los designios divinos pues Dios es soberano. El ataúd llegó al final del hoyo, y los familiares tiraron tierra sobre él.

El reverendo Mario Peraza vivió aquella escena con profundo dolor también, observó a su colega Gustavo junto a sus hermanos y familiares y

recordó que una vez en ese mismo camposanto enterró a sus padres, siendo solo un adolescente y sin transitar aun el camino de la fe. Tres años después de la trágica muerte de sus padres en un accidente automovilístico abrazó la fe cristiana y entregó su vida al servicio del evangelio; tiempo después egresó de un instituto teológico regional para servir como capellán en el retén de El Marite, en la ciudad de Maracaibo. Al igual que sus sermones, su personalidad era considerada como liberal por muchos de los ministros de la organización, pero su carácter y decisión de servir a Dios y al prójimo no le permitió contemplar las críticas ni las opiniones de sus colegas sobre sus enseñanzas, sus interpretaciones y aplicaciones de los principios bíblicos; le decía a sus compañeros que primeramente era seguidor de Cristo y luego cristiano o evangélico, y un hijo de Dios propenso a errores y desaciertos y dispuesto a humillarse delante de Él por sus errores.

Cerró sus ojos y recordó el Salmo 23, lo citó para sí mismo...

<<...Aunque ande en valles de sombras de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu callado me infundirán aliento...>>

Pero aquel no era su valle de sombras de muerte, era el valle de su amigo. Alzó la mirada y notó que Gustavo ya no estaba entre sus hermanos, lo vio caminando en dirección contraria a la gente, pausado, como distraído.

Gustavo llegó hasta un árbol seco a cien metros de la multitud y se apoyó al tallo del árbol, cansado, de espalda a la multitud, al lugar en donde su madre era enterrada, de espalda a su compromiso con la serenidad, con la templanza, de espalda a la teología aprendida en el seminario, a los argumentos que lo mantuvieron firme en el camino de la fe; allí lloró, dejó caer sus lágrimas de amargura, de ira, de inconformidad, cada gota fue una queja al Dios bueno de su madre, a quien nunca le reclamó cosa alguna, a quien nunca cuestionó; lloró queriendo despertar de un mal sueño, despertar siendo un niño, para encontrar a su madre en la cocina preparando las empanadas para la venta del día y ayudarla, queriendo despertar así fuera uno de esos tantos veinticinco de diciembre en los que los niños mostraban con orgullo sus regalos

recibidos y él despertaba sin nada de qué alardear, alardearía de ella, la mejor de las madres.

Mario lo encontró llorando.

-Hace unos minutos pensaba en el Salmo 23: "Los valles y las sombras de la muerte", los males que generan estas sombras.

Gustavo lo miró, secó sus lágrimas. Durante su carrera ministerial leyó ese Salmo cientos de veces, elaboró cantidades de sermones basado en ese pasaje, fue uno de los primeros que memorizó. Giró su rostro hacia la multitud y notó que no estaba tan lejos como creyó. No quería escuchar un sermón bíblico, él mismo se reprendió muchas veces con argumentos bíblicos desde el momento en que el doctor le anunció la muerte de su madre.

Mario continuó diciéndole:

-Nos enseñaron a temerle a las dudas, hasta las llamaron demonios, manifestación del viejo hombre, manchas en nuestras vestiduras. Fuimos formados para desear ser perfectos, para no cuestionar nada. Yo tuve una ventaja. Cuando mis padres murieron no tenía idea de qué rayos era la teología cristiana o la doctrina evangélica. Tuve libertad para dudar. ¿Sabes qué fue lo sorprendente? Que las dudas me guiaron a Dios. A veces sonrío al pensar que los demonios creados por el cristianismo parecen servirle a Dios.

Gustavo volvió su mirada a Mario, y se esforzó para esconder de nuevo su dolor.

-¿Qué quieres decir Mario?-le preguntó, realmente interesado al escuchar en el mismo comentario las palabras "teología" "dudas" y "Dios".

El reverendo, se quitó los anteojos y los guardó en el bolsillo de la camisa, debajo del saco, puso su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Gustavo y le respondió con un tono de voz tierno y amigable:

-Que aunque andes en valles de sombras de muerte no temas mal alguno, más bien recuerda: "El estará contigo". Yo ya había olvidado que no debo temer ni siquiera a las dudas.

III

Algunas veces nos parecen que los días, las semanas e incluso los años pasan disimulando, no notamos el transcurrir del tiempo. Es como si nuestra atención estuviera fija sobre un punto, un punto en el que el tiempo no avanza, y ese punto por lo general está adentro de nosotros mismos y suele llamarse herida. En ocasiones la insatisfacción pesa tanto que nos estacionamos un momento y miramos hacia afuera, a nuestro alrededor, clasificamos los logros, medimos nuestro recorrido y entonces notamos el transcurrir del tiempo, comparamos y examinamos. Otras veces no es el peso de la insatisfacción, sino los gritos de las mismas heridas que una vez nos cegaron ante la danza del tiempo, que sangran aún más y nos obligan a levantar la mirada al cielo y aunque pudiéramos percibir que mucho ha cambiado no nos importa porque por dentro somos los mismos, seguimos heridos, sin comprender, sin ánimos, desorientados, atemorizados, con miedo y mientras el tiempo avanza el miedo crece, tanto que atormenta, tanto que nos distancia de nosotros mismos porque en algún punto de la vía nos convertimos en nuestros propios enemigos.

En cuatro años Agua Santa evolucionó significativamente y su evolución afectó positivamente a los pueblos y caseríos a su alrededor.

El evangelio se afianzó mucho más en la zona rural de la Costa Oriental del Lago, templos cristianos se erigieron en los pueblos más poblados; la gestión de Gustavo y su familia floreció rápidamente y se expandió en toda la zona. Algunos ministros que anteriormente se negaron a renunciar a las comodidades de la ciudad para partir a un pueblo lejano envidiaron en cierta medida a la familia Romero. Nada de eso curó la herida de Gustavo, en ocasiones olvidó su desosiego y emergió del abismo al cual sucumbió el día que enterró a su madre, pero solo por momentos.

Cuatro años pasaron y finalmente decidió que no podía más, que necesitaba una pausa para examinarse, porque percibió que el tiempo transcurría y él seguía de espaldas a la multitud, apoyado en aquel árbol seco abandonado en el camposanto donde reposaba el cuerpo de su madre, necesitaba una pausa para alejarse de sí mismo, de lo único que lo mantenía atado a quien hasta entonces había sido él.

Consultó la decisión con su esposa, una y otra vez. Y así se mantuvo durante cuatro años, pensando en una pausa, en solicitar un reposo, discutiéndolo con María, posponiéndolo, acumulando el coraje para detenerse y entregar su obra en Agua Santa.

Finalmente tomó la decisión. La mañana del dos de septiembre del año mil novecientos noventa y ocho, mientras Benjamín y sus hermanas estaban en la institución educativa del pueblo, Gustavo le comunicó a María que entre las diez y once de la mañana el Reverendo Mario Peraza estaría llegando al pueblo por petición de la directiva distrital de la organización. No fue necesaria una explicación.

María lo miró con ira y le dijo:

-No puedo creerlo Gustavo, enviaste la solicitud de reposo sin consultarlo conmigo. No estoy de acuerdo Gustavo, no quisiera apoyarte en esta decisión.

Fue la primera vez que escuchó a su esposa en desacuerdo con él por una decisión suya en relación al ministerio. En otro momento quizá las palabras de su esposa le habrían molestado, pero esa mañana no importó, estaba decidido a abandonar su gestión en Getsemaní para intentar reconciliarse consigo mismo y callar su tormento. Sin embargo, debía cumplir con el protocolo de la organización para poder zafarse de su responsabilidad: solicitar el reposo mediante una planilla explicando los motivos de la solicitud, acceder a una entrevista con algún ministro delegado por la directiva del distrito al cual pertenecía, éste ministro debía recomendar o no la reunión en la cual se tomaría en cuenta tratar el punto del solicitante y decidir o no aprobar el reposo.

Intentó calmar la irritación de su esposa, se levantó de la silla y le repitió lo que tantas veces le dijo durante cuatro años.

-María, no pienso entregar mi credencial, solo poner mí puesto en Getsemaní a la orden del presbiterio por un período, he solicitado que durante ese tiempo se me permita actuar como evangelista, al finalizar los cuatro años

podré someterme a elecciones para volver a pastorear Getsemaní, ni siquiera tendremos que mudarnos.

María caminó hacia él y lo abrazó, esta vez su tono cambió.

-Yo sé que esto es por la muerte de tu madre. ¿Te das cuenta que ya han pasado cuatro años? ¡Acepta la voluntad de Dios! Ya no hay nada que hacer.

Sin soltarla la miró a los ojos, se dio cuenta que llevaba mucho tiempo sin verla realmente a los ojos. Suspiró y con sinceridad y calma le respondió:

-Ese es el problema, María. No es un acto de rebeldía, no intento chantajear a Dios con mi decisión exigiéndole alguna explicación, se trata de mí. Cada vez que pienso en ella, que siento su ausencia, me pregunto por qué siento ira, cuestiono a Dios, me siento inconforme, creo que no debo seguir pastoreando una congregación enfermo de ira... Y tú lo sabes.

Hizo una pausa, guardó la Biblia en una de las gavetas del escritorio y agregó:

-Necesito descansar.

El Reverendo Mario visitaría a la familia Romero en calidad de delegado de la directiva distrital de la organización para escuchar a Gustavo y considerar recomendar o no una reunión con la directiva. María intentó convencerlo de deshacer la solicitud hecha a la directiva antes de la llegada de Mario. Tenía miedo de que su esposo renunciara a su pasión, o que luego de considerarse su reposo no se le diera la oportunidad de pastorear de nuevo. Gustavo supo que María lo abordaría de nuevo, así que decidió esperar a Mario en la parada de los autobuses.

Sentado en la plaza observó en dirección al templo, podía vislumbrarse en el horizonte. Cuatro años antes, desde allí, no podía observarse ningún templo, apenas se veía la pobre silueta de un rancho de lata en el que se reunían tres ancianos a orar pidiendo misericordia por la población de Agua Santa. Gustavo reflexionó al respecto, hasta entonces estuvo seguro de que su llegada al pueblo fue una clara respuesta de Dios a las oraciones de los tres

ancianos que se reunían en ese lugar porque ya no podían viajar a Rivera, el pueblo más cercano en el cual se reunían los creyentes de los caseríos de alrededor.

<< ¿Cómo escoge Dios las oraciones que sí responde? ¿Acaso tiene algún sistema o es cuestión de suerte? ¿Cómo es el razonamiento de Dios respecto a las tragedias humanas?>>

Pensó que tal vez María tenía razón, tal vez solo debía aceptar la voluntad de Dios, pensó en ella, en su esposa, era una buena mujer, ella lo amaba en verdad, hasta la fecha lo había seguido a todos los lugares sin objetar, era una mujer sabia, tal vez sin ella él no sería nadie, cerró sus ojos e inclinó su rostro.

<<Dale la fortaleza para comprenderme una vez más>>

La brisa paseaba con delicadez por el pueblo, fresca y suave. Recordó que una vez su hijo le preguntó si es cierto que la brisa nace en los labios de Dios, si sus caricias son palabras de amor viajando por la tierra.

Abrió los ojos rápidamente, notó que le pedía a Dios fortaleza para su esposa, al mismo Dios a quien le pidió sanidad para su madre.

<<De pronto no sé quién soy, ni quién eres>>

Decidió distraerse. Contempló el pueblo desde allí, las calles rodeadas por árboles, el progreso aún no había asesinado la naturaleza en aquel lugar; el clima agradable, las montañas a lo lejos delataban la condición geográfica del pueblo.

Agua Santa es un valle, escondido entre disimuladas montañas, sus fronteras son bosques; los árboles se mueven con gracia.

Cerró sus ojos y de nuevo notó la brisa delicada, fresca y suave. Pensó una vez más en su hijo, esta vez con inquietud. Recordó la discusión de la noche anterior durante la cena. Benjamín estaba decidido a volver a Maracaibo con el pretexto de continuar su formación académica, en unos días culminaría el bachillerato y en unos meses comenzaría los estudios en la universidad,

expresó durante la cena que no viajaría todos los días a la universidad sino que esperaba poder alquilar habitación en alguna residencia de la ciudad o por lo menos poder vivir en casa de alguno de sus tíos en Maracaibo.

María fue la primera en oponerse. Argumentó esperando el apoyo de su esposo en la discusión.

-Lo siento pero no. Maracaibo ha cambiado mucho, se ha vuelto una ciudad peligrosa, no permitiré que vivas solo en esa ciudad.

Aun sentía que podía escuchar el eco de la respuesta de su hijo que refutó a María con notable ira diciendo:

-¡No estaré solo! Puedo vivir con tío Douglas o con mi tía Zelaya. Les estoy informando, no pidiendo permiso. ¿Nos pidieron permiso ustedes antes de decidir que nos mudaríamos a este pueblo? ¡Nos vinimos aquí obligados! ¿Para qué? ¡Papá ya ni quiere pastorear aquí!

Sentado en la plaza recordó la mirada de su esposa después de la respuesta de su hijo. Tal vez ella tenía razón

¿Cometía un error al solicitar el reposo? ¿Cometió un error al aprobar la petición de su hijo y permitirle mudarse a Maracaibo para cursar sus estudios universitarios?

A las once de la mañana llegó el Reverendo Mario Peraza al pueblo de Agua Santa, bajó del autobús con una sonrisa, maravillado por el paisaje durante el trayecto y por la amabilidad de la gente. Al tenerlo en frente, Gustavo extendió su mano para estrecharla con un formal *"Dios te bendiga"*, pero Mario lo abrazó; luego, refiriéndose precisamente a la amabilidad de la gente y al paisaje pintoresco que envolvía a aquel lejano pueblo, apuntó su sonrisa al rostro de Gustavo y le dijo:

-De no ser por el clima cálido pensaría que he viajado a algún pueblo del Estado Mérida.

Gustavo le respondió con humor:

-Lo que pasa es que estas acostumbrado al trato de los reos mi hermano, que te maravilla la bondad de la gente.

Y después de esa respuesta ambos rieron como dos amigos adolescentes.

Caminaron hasta el hogar de los Romeros. Ya en casa almorzaron, Benjamín y sus hermanas no habían visto al reverendo desde la muerte de la abuela. Mario se alegró al ver que aparentemente la familia se mantenía unida y en sana relación, después del almuerzo se sentaron en el patio debajo de los árboles, disfrutando de la sombra y la brisa que proporcionaban.

El reverendo no quería hacer una entrevista formal, así que se esforzó por abordar a Gustavo con una conversación amistosa, normal. Respiró profundo disfrutando el aire fresco del pueblo y murmuró:

-Es un pueblito agradable.

Gustavo atendió a su comentario y le dijo:

-Así es, han sido cuatro años tranquilos, a pesar del esfuerzo que se requiere para fundar una obra.

-¿Han sido tranquilos? ¿Lo suficiente como para solicitar un reposo ministerial?

Gustavo guardó silencio, e intentó cambiar el rumbo de la conversación ignorando la pregunta de Mario.

-¿Cómo va el trabajo de capellán en el retén?

Mario lo miró directo a los ojos, entendiendo la intención de Gustavo y respondió:

-Va bien, no me quejo, aunque es peligroso.

-¿No hay suficiente seguridad en los pabellones?

-Sí la hay, el peligro no está en los pasillos del retén, sino en los laberintos del alma, puedes perder la sensibilidad, te expones a historias que podrían minar tu fe.

Gustavo se estremeció con la última frase de Mario: “minar tu fe”. Su fe había estado minada en los últimos cuatro años, algún movimiento en falso y estallarían las minas fragmentando todos sus argumentos, todas sus creencias, pero no quería hablar de eso, su orgullo no le permitía exponer su debilidad, sabía que el orgullo enferma pero aun así no estaba dispuesto a hacerlo. Conocía a Mario y estaba seguro que él seguiría intentando analizar su condición, así que decidió acelerar el ritmo de la conversación.

-Supe que de aprobarse mi descanso serías el primer candidato para el cargo en Getsemaní. ¿Es cierto?

-Era el primer candidato. Le aclaré a la directiva que no estoy interesado.

Vio en la respuesta de Mario una oportunidad para desviar el tema hacia él.

-¿Por qué? Dices que tu fe está minada, que es peligroso el trabajo en el retén, te caería bien la tranquilidad en Getsemaní, es una obra con líderes en formación, con una visión clara.

Mario respondió de inmediato diciéndole:

-No lo dudo, tu trabajo aquí ha sido fructífero. Hace años nadie quería fundar en estos pueblos. Ni siquiera se les prestaba atención. La organización estaba obsesionada con fundar en las ciudades. Pero ahora, gracias a tus logros, el concilio se motivó a crear una dependencia de misiones para las zonas rurales, tu congregación está sirviendo de base para operaciones evangelistas en esta zona, el proyecto seguro será un piloto para otros distritos del país. Tu labor fue la apertura para que todo esto fuera posible. Así que estoy seguro que pastorear cuatro años Getsemaní sería un reposo para mí. Sin embargo, no se puede huir de la tormenta cuando ya te ha alcanzado. Solo tienes dos opciones: refugiarte o entregarte a su suerte. Huir es una acción sin frutos.

María interrumpió la conversación con dos tazas de café, Gustavo aprovechó su llegada para escabullirse, se disculpó con Mario indicándole que debía visitar a uno de los creyentes de la congregación, que en un par de horas estaría de nuevo en casa. Ella lo vio alejarse, sospechó que no volvería hasta la hora del servicio. Se sentó en la silla en la que había estado Gustavo, y le sonrió tímidamente a Mario, intentando ocultar su preocupación.

IV

Después de cuatro meses Gustavo no sabía qué pensar sobre el dos de septiembre de mil novecientos noventa y ocho. ¿Había dado un paso importante o había cometido un posible error?

A pesar de la incertidumbre durante esos cuatro meses se sintió libre de compromisos con la organización y con Dios. En cierta forma su decisión marcó un nuevo comienzo, todavía no sabía para qué, pero de algo aún estaba seguro: no terminaría lejos de Dios y no le daría la espalda a los principios bíblicos. Pero aún confiado en su determinación sentía temor.

¿Qué tal si sus dudas terminaban convenciéndolo de lo contrario? ¿Qué tal si se acostumbraba a una vida normal sin llamado, sin propósito?

Eventualmente le angustió sentirse sin posición dentro de la organización, le atemorizó que los creyentes de Getsemaní lo rechazaran como pastor al terminar el período de reposo que se le había aprobado, que la organización no lo tomara en cuenta para ninguna otra de sus iglesias o no poder fundar de nuevo alguna obra; le angustió porque hasta donde había comprendido no se puede vivir toda la vida en reposo sin entrar de nuevo a la acción del servicio cristiano, tal vez Dios le perdonaría lo que pudo ser un error por intentar superar sus conflictos, pero no aceptaría que nunca más volviera a la acción.

Se convirtió en un hombre más callado, un tanto distanciado y solitario; aunque intentó y se esforzó para convencerse de que su decisión fue correcta no pudo durante meses evitar el sentimiento de vergüenza frente a los creyentes de Getsemaní cuando tropezaba con ellos en alguna de las calles del pueblo o estrechaba sus manos en el templo.

Se dio cuenta que Agua Santa es un pueblo pequeño y sus calles estrechas, descubrió que el templo se puede observar desde la mayoría de sus calles; invocó muchas veces recuerdos que le permitieran escuchar la voz cálida de su madre, extrañó la ciudad de Maracaibo, también los pueblos en los que fundó y pastoreó desde que egresó del seminario.

Aunque extrañó también los pulpitos y tener una congregación frente a él escuchando sus sermones durante esos cuatro meses no intentó enseñar, pudo llamar a alguno de sus colegas y ponerse a la orden u ofrecerse para ministrar en uno de los servicios dominicales, pero no lo hizo porque sentía que todavía no era el momento.

Percibió además que algunos colegas estaban más ocupados desde su reposo pues ya no establecían contacto con él, llegó a pensar que tal vez la hermandad entre los ministros de una organización es condicionada. No quiso y no pudo generalizar, concluyó que no es una organización la que forma o propicia tal condición, sino la forma en la que muchos asimilan su posición ministerial y conceptualizan la hermandad.

Con el pasar de los meses, distanciado de responsabilidades, de convenciones y congresos comprendió que su sistema de creencias era una mezcla de verdades y de doctrinas heredadas e interpretaciones que podían ser cuestionadas. Notó que podía detectar fallas en el sistema de creencia al cual se había adherido, y su angustia creció por momentos pues pensó que sus criterios cambiaban porque su decisión fue un acto de rebeldía en contra de su llamado y estaba siendo seducido por vanas filosofías y doctrinas erradas.

Mientras Gustavo enfrentó la ambigüedad de sus pensamientos y juicios en esos cuatro meses, María sufrió sus propios conflictos.

La noche del dos de septiembre, luego del servicio, finalmente Gustavo firmó, en presencia del Reverendo Mario Peraza, la petición para un período de reposo y fijaron la fecha de reunión para llegar a los acuerdos frente a la directiva distrital, pero aquella noche no había culminado para María. La revivía cada mañana al despertar y enfrentar la incertidumbre de no saber qué pasaría con su esposo, con su familia.

Desde entonces para ella el contexto de su hogar era extraño, ya no eran una familia pastoral, al menos no lo sentía así; su esposo, la cabeza del hogar, parecía inseguro, no era el mismo hombre determinado con quien se casó. A veces prefería no conversar con él y permanecer en silencio a su lado

para no descubrir quién era su esposo ahora, de repente para ella todas sus decisiones eran erradas. Aun no entendía cómo él permitiría que Benjamín se alejara del hogar, si bien volvería a casa cada fin de semana no soportaba la idea de tenerlo lejos cada noche entre semana. La condición de su hogar no era la que había soñado, ese no fue su plan.

¿Por qué Dios no permitió la sanidad de la abuela Paula y le evitó a ella tanta incertidumbre?

Todo sería distinto, su hogar, su marido, sus hijos. Pudo ser una gran historia, un buen testimonio de Su poder, de Su misericordia. Su marido habría elaborado un buen sermón basado en el milagro obrado en la vida de su madre.

Pensó en la elocuencia de su esposo y extrañó verlo predicando. Desde que lo conoció supuso que junto a él cumpliría su sueño, siempre le cautivó su elocuencia, la forma en que presentaba los relatos bíblicos y extraía de ellos principios atractivos y prácticos para la vida cristiana.

Durante años de matrimonio se sintió orgullosa de sí misma porque escogió a la persona correcta para compartir su vida, también estuvo agradecida con Dios porque siempre cuidó su destino, pero de repente todo se tornó confuso. A veces observaba a su esposo en las mañanas desde la cocina, mientras él religiosamente pasaba el rastrillo por el patio y entonces desfilaban por su mente preguntas que parecían tener almas propias.

No podía culpar a Dios de la situación, esa pudo ser una opción para cualquier otra persona en su lugar, pero no para ella; sin importar la magnitud de una tragedia culpar a Dios no estaría bien, Dios está libre de culpas, Su actuación o silencio en la vida del hombre no debe ser cuestionada, Él obra según Su soberanía y siempre tiene la razón, Sus razonamientos no pueden ser entendidos por el hombre; ella aprendió todas las lecciones bíblicas de la Escuela Dominical durante su niñez y adolescencia, entendió la teología y la doctrina cristiana en el seminario y sabía que Dios nunca es culpable. ¿Entonces quién era el culpable? ¿Acaso ella misma? ¿Había fallado en su papel de ayuda idónea?

<< ¿En qué momento fallé? ¿Cómo pude haberlo hecho mejor? ¿No tendré otra oportunidad? ¿Es mi culpa todo esto? ¿No soy virtuosa? ¿No tuve palabras sabias en los momentos de aflicción? ¿Por qué ha sucedido todo esto? ¿Es este el propósito que Dios tenía con nosotros al traernos aquí?>>

¿Y qué tal si no conoció bien al hombre con quien se casó? ¿Y si ese carácter que ahora mostraba era su verdadera personalidad? ¿Podría ser que él siempre esperó un pretexto para abandonarlo todo? ¿Si nunca más volviera a ejercer su ministerio seguiría amándolo como antes?

<< ¿Es esto acaso una prueba? ¿Restaurarás mi hogar? ¿Me devolverás la alegría de ver de nuevo a mi esposo pastoreando? ¿Por qué sigues guardando silencio?>>

¿Y si no sucediera? ¿Si la carrera ministerial de su esposo había llegado a su fin? ¿Seguiría amando a Dios con la misma pasión?

Llegó el quince de enero de mil novecientos noventa y nueve. A las seis de la mañana Gustavo rastillaba el patio y desde la cocina María lo observaba mientras preparaba el desayuno para las hijas que en una hora saldrían a clases. Esa misma mañana Benjamín se iría a Maracaibo para comenzar al día siguiente sus estudios universitarios. María quiso volver a la habitación y arrodillarse junto a la cama para orar un par de horas implorando el cuidado divino a favor de su hijo; en cambio pronunció un agonizante *“Dios protege a mi hijo”*, pero lo pidió de corazón, con dolor, fue una breve y sincera súplica, mezclada con miedo, miedo a que fuera ignorada su petición. Ya nada era seguro para ella, en ese instante sintió que no conocía a Dios, al igual que Gustavo comenzaba a darse cuenta que no existen fórmulas teológicas que puedan esquematizar la dinámica de Dios con el hombre, que las doctrinas aprendidas no eran suficientes para asegurar que había conocido a Dios.

Volvió la mirada al patio y esta vez vio a su esposo sentado.

¿Por qué no podían enfrentar juntos la incertidumbre? ¿Es tan difícil comprender que a veces Dios nos quiere a solas con Él, despojados de posición, con nuestra atención fija en Él, no en Su obra? No se detiene Su

obra, no se silencia el eco de Su evangelio. ¿Acaso no sigue al mando incluso cuando todo parece trágico?

Salió de la cocina y fue hasta el patio para sentarse al lado de Gustavo. Se sorprendió al encontrarlo leyendo la Biblia, los cuatro meses que Gustavo llevaba rastrillando el patio todas las mañanas también los pasó leyendo el mismo pasaje bíblico mientras reposaba allí sentado. Apenas la sintió a su lado tomó su mano y leyó en voz alta los versículos catorce y quince del capítulo dos del libro del profeta Oseas:

<<Por eso voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré a su corazón. Le daré sus viñas desde allí, y haré del valle de Acor una puerta de esperanza...>>

Ella guardó silencio.

-María, ¿a quién le gusta los desiertos? Son solitarios e inhóspitos. ¿Quién va por cuenta propia a un desierto? ¿Crees que en otras circunstancias también me habría alejado del ministerio? ¿Y si Dios me quería fuera?

Sin pensarlo, como un acto involuntario soltó la mano de su esposo. Gustavo se dio cuenta que en las últimas semanas había estado frío y distante con ella. La miró a los ojos y le dijo:

-Hoy tuve un sueño que me perturbó, lo he tenido en las últimas semanas. He soñado que estoy en una calle de Maracaibo, una calle que conozco muy bien, en el barrio donde crecí, es de noche y soy adulto y de repente niño. En el sueño siento temor y quiero correr a casa, pero no sé por dónde correr, como sino recordara el camino, como si las calles hubiesen cambiado.

Bajó la mirada, y fijó sus ojos en los versículos que leyó minutos antes. Y reflexionó en voz alta:

-Tal vez se trata de mí, quizá debo conocerme mejor para conocer mejor a Dios. Aunque pienso que fue cruel sumergirme en toda esta agonía con la muerte de mi madre...

María quiso comprenderlo, deseó entenderlo, decirle que tal vez tenía razón, pero aquello que Gustavo decía contradecía lo aprendido desde su niñez. Ella creció en un hogar cristiano, sus padres la llevaron cada domingo a la Escuela Dominical, sus maestros le enseñaron que Dios deseaba siervos fieles, que todo árbol que no dé frutos será cortado, le enseñaron que el ser humano por naturaleza busca pretextos para alejarse de Dios, que la naturaleza humana y la desobediencia lleva al hombre incluso a mal interpretar la Palabra de Dios, así se origina la apostasía, la herejía, se corrompen las buenas costumbres.

Sintió miedo, en silencio se levantó y volvió a la cocina. De nuevo pensó que era mejor no descubrir quién era ahora su esposo, pero también contempló la posibilidad de que pudiera ser cierto lo que su esposo había insinuado.

¿Y si Dios era distinto a lo que hasta entonces ella había creído?

No podía ser. Sus maestros le habían enseñado lo que ellos habían aprendido, le transmitieron el conocimiento acerca de una fe comprendida como inalterable y correcta, no podía cuestionar lo aprendido. Sin embargo reconoció que nunca antes se interesó con tanta intensidad en comprender los pensamientos de Dios desde que todo empezó a cambiar a su alrededor.

Gustavo entró a la cocina, se sentó junto a la mesa, las hijas entraron también a la cocina para desayunar. María sirvió el desayuno. Observó a sus hijas, ellas parecían las únicas sanas en el hogar, las únicas que no habían sido afectadas por los cambios violentos en los últimos meses. Le dio gracias a Dios por eso, olvidando por un instante todo el conflicto. Diez minutos después entró Benjamín, listo para partir luego del desayuno. María decidió disfrutar el desayuno con toda su familia, sabiendo que en un par de horas su hogar sufriría otro cambio, temiendo que terminara desfragmentado. Sirvió el desayuno a su hijo y luego se sentó nuevamente, lo contempló, su hijo también cambió en los últimos cuatro años, su hijo también se alejaba...

¿Y si su esposo tenía razón? ¿Y si Dios quería a su hijo en un desierto para mostrarse a su corazón?

V

Los cuatro años de reposo ministerial transcurrieron, algunos días lentos y otros rápidos, algunos meses empañados de agonías, eclipsados por frustraciones. Las dudas no desaparecieron, muchas preguntas no fueron respondidas, las cicatrices no se borraron y no hubo explicaciones pronunciadas para muchas interrogantes; pero las dudas se convirtieron en motivos para abrazar con más fuerza la fe en Dios, las respuestas no escuchadas fueron razones para continuar la búsqueda de las verdades ligadas a la fe y poco a poco las heridas dejaron de sangrar y así en lugar de heridas quedaron cicatrices como testimonios de que se puede mirar el abismo desde la cima de una montaña.

La relación entre María y Gustavo mejoró progresivamente, lograron comprenderse, la tolerancia se hizo presente en sus corazones y consiguieron la forma de convivir sin culpas, sin pretensiones egoístas, intentando vivir el día a día descubriéndose como familia, como esposos, como padres, como una pareja ministerial en reposo, apuntando a la posibilidad de volver a la acción al finalizar los cuatro años de reposo si así Dios lo permitiera. En una semana Gustavo se sometería al proceso de elección para retomar o no, según las votaciones de los creyentes, el ejercicio de su liderazgo en la congregación de Getsemaní. Se prepararon para cualquier resultado pues finalmente comprendieron que más importante y gratificante es aceptar y disfrutar la condición de hijos amados por Dios.

Les preocupaba la condición de Benjamín. Al parecer aquellos cuatro años no fueron tan fructíferos para él, desde el punto de vista de ellos. Se ausentó en ocasiones por mucho tiempo, sin visitarlos, permaneciendo meses en la ciudad de Maracaibo. Sabían que algo no estaba bien en él, y cada intento de acercársele y conversar con él sobre sus cambios fue inútil; se distanció de todo lo que lo rodeó desde su nacimiento, el último año ni siquiera entró a una iglesia cristiana.

Algunos dirían que por casualidad de la vida, otros que por cosas del destino, pero tal vez fue por obra del mismo Dios; quizás Él, que cuida el destino del hombre y que es siempre Bueno, planeó aquel encuentro. Puede

ser que siempre estuvo en sus planes, que tiene una especie de agenda en la que apuntó los momentos importantes y trascendentales en la vida de cada hombre, de cada mujer, dándoles la oportunidad de aceptar o no Su invitación, la oportunidad de quitar la venda de sus ojos. Hay quienes captan el momento y se dejan seducir, como hay otros que no, que dan la espalda, que prefieren seguir transitando la ruta de la incertidumbre, de la desesperanza; pero quizás Dios insiste una, dos veces, y mil veces más, y sigue dándonos la oportunidad de entender, de volver a empezar, de regresar a Sus brazos con un mejor entendimiento de lo que Él es.

El reverendo Mario Peraza miró hacia el otro lado de la avenida “cinco de julio” en la ciudad de Maracaibo. Sonrió al asegurarse que el joven que iba caminando con un morral en la espalda era Benjamín Romero, el hijo de su amigo. El día anterior Gustavo se había reunido con su amigo Mario Peraza, le comentó que las elecciones en Getsemaní serían la semana siguiente, le informó sobre la oportunidad que tenía de predicar el domingo próximo en la Iglesia Fuente de Vida, la misma que pastoreó por ocho años antes de mudarse a Agua Santa y también le confesó su preocupación por Benjamín. Ya no temía revelar sus debilidades y compartir sus preocupaciones, no necesitaba aparentar ser superior a otros, aprendió a sonreír incluso admitiendo sus debilidades, entendió que el mismo Cristo necesitó un momento en el huerto de Getsemaní para expresar su angustia y admitir sus miedos delante del Padre, así que él también podía hacerlo.

Mario cruzó la avenida con rapidez y se le acercó colocándole la mano derecha en su hombro, Benjamín volteó y vio al reverendo sin mostrar ningún gesto.

El reverendo Mario Peraza lo saludó con un “Dios te bendiga” estrechando su mano y expresando la alegría que sintió al verlo. Benjamín disimuló una sonrisa.

-¿Cómo están tus padres? ¿Desde cuándo no los ves?

Benjamín supuso que él lo sabía, llevaba tres meses sin ir a Agua Santa y aún no tenía intención de hacerlo. Respondió con indiferencia:

-Están bien, no sé, tengo algunas semanas que no voy a visitarlos.

-Mañana tus padres estarán en la Escuela Dominical de la Iglesia Fuente de Vida, la iglesia que pastoreó cuando eras niño. Supongo que sabes dónde queda.

-Sí, sé dónde queda.

El reverendo no dudó ante su responsabilidad de ser directo con él y le dijo:

-Entonces podrás llegar mañana, debes ir. Así no tendrás que ir al pueblo sino lo deseas y podrás escuchar a tu padre enseñar; ya sabes, como en los viejos tiempos. ¿Sabes que la próxima semana se someterá a elecciones en Getsemaní?

No lo sabía, y pensó que no le interesaba saberlo. ¿Por qué querría su padre pastorear de nuevo? Se disculpó con el reverendo indicándole que iba un poco retrasado al trabajo. Mario lo vio alejarse, imploró a Dios para que decidiera ir a la Escuela Dominical.

Benjamín llevaba meses laborando como vendedor en una tienda de artículos deportivos. Llegó a la tienda, era sábado y le tocaba trabajar hasta las seis de la tarde. Percibió lento el transcurrir de las horas, poca gente visitó la tienda ese día, se empeñó en distraerse y olvidar la información que el reverendo Mario le dio sobre su padre, pero no pudo.

La verdad es que deseó siempre que aquellos días volvieran, ni los estudios, ni las reuniones con los amigos, ni siquiera sus ocupaciones laborales lograron devorar el vacío en su corazón. En algún punto del trayecto deseó volver; mientras transitó el sendero que lo alejó de su hogar, de los sueños de su niñez en relación al ministerio, quiso tener el valor de arrancar la ira de su pecho, de ignorar el dolor de su corazón y silenciar la confusión en su alma; así lo deseó muchas veces, en la soledad de su habitación, caminando por las calles de Maracaibo e incluso rodeado de sus compañeros en la universidad.

Nunca logró dejarse llevar totalmente por las dudas, la amargura no pudo oscurecer por completo su alma y eso parecía más conflictivo, deseó

muchas veces tener el valor o ser lo suficientemente débil y descuidado como para dejarse vencer por la incredulidad y entregarse a la suerte entera de una vida de espaldas a Dios, a la fe, al evangelio. Y cuando al menos logró ignorar a Dios, desatender los asuntos de la fe y el evangelio, tropezó con el reverendo.

Terminó su turno en la tienda y se fue a casa del tío Douglas, donde vivía desde que comenzó en la universidad. Se encerró en su habitación, recordó los días en que siendo niño asistía con sus padres a la Iglesia Fuente de Vida. Le molestaba que en la Escuela Dominical en el momento de hacer las divisiones de clases por edad no se le permitiera quedarse con los adultos, prefería escuchar los sermones de su padre y no las clases para niños.

Recordó la historia del hijo prodigo. ¿Por qué teniéndolo todo se alejó de su hogar? ¿Por qué no se conformó con disfrutar las bondades de su padre?

Pensó en él mismo, por un momento se comparó con el joven del relato bíblico e inmediatamente se excusó convenciéndose de que eran dos historias diferentes pues él no huyó de las bondades de Dios; fue Dios quien huyó de su lado, fue Dios quien lo abandonó ignorando sus súplicas, obligándolo a vivir en un pueblo que no le agradaba, dejando morir a su abuela, permitiendo que su padre abandonara el ministerio. Se sintió cansado, como tantas veces.

Creó que tal vez era buena idea visitar Fuente de Vida, en ocasiones lo intentó, pasó frente a la iglesia muchas veces con la intención de entrar, pero cada vez se detuvo y luego de contemplar la fachada y recordar su niñez se alejó antes de que alguien lo viera allí parado y lo reconociera. ¿Para qué intentarlo una vez más? No tendría el valor de entrar, definitivamente no era buena idea. ¿Para qué torturarse evocando los días que no volverían? Él no era el mismo niño que soñaba con ser pastor, ni siquiera el adolescente comprometido con su llamado; ya no había un llamado, no lo quería, no lo necesitaba. ¿Por qué servirle a un Dios al que no comprendía? De todas maneras su fe no alcanzaba para atraer la atención de Dios, los grandes hombres de fe siempre lograron manifestar el poder de Dios. Moisés dividió las aguas del Mar Rojo, Elías hizo descender fuego del cielo, Eliseo resucitó al hijo de la sunamita.

¿Y qué de quienes dice la Biblia que aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe no recibieron lo prometido? ¿Qué de aquellos que experimentaron oprobios azotes, prisiones y cárceles? ¿Qué de aquellos que fueron apedreados, aserrados, puestos a pruebas, muertos a filo de espada? ¿Qué de los que anduvieron de acá para allá cubierto de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados?

Tomó la Biblia y leyó una vez más el capítulo once de hebreos. Intentó reflexionar, como algunas noches, pero en cambio guardó de nuevo la Biblia pensando que debía deshacerse de ella de una vez por todas, pero contrario a eso lamentó otra vez la falta de valor para hacerlo. Los recuerdos desfilaron por su mente con rebeldía, no obedecieron su empeño de olvidar, no acataron su exigencia de mantener la mente en blanco para dormirse de una vez por todas y no despertar hasta el siguiente día después del mediodía para ni siquiera intentar ir a escuchar a su padre. Recordó las palabras que tantas veces le repitió su madre: *“hijo, lejos de Dios no somos nada, debemos permanecer junto a Él”*. ¿Y quién le decía a Dios que debe permanecer junto al ser humano? Reconoció en ese momento que no podría ser el mismo de antes, que no podía aspirar a recuperar su vida de antes porque estaba enfermo de dudas.

Se dio cuenta que la noche había avanzado, que estaba cerca de la medianoche.

Cuando abrió los ojos notó que había amanecido, sintió que no había descansado bien pero imaginó que ya estaba cerca del mediodía del domingo. Miró el reloj y no pudo creerlo, apenas eran las seis de la mañana. Se cubrió con la sabana obligándose a continuar durmiendo.

A las ocho de la mañana Gustavo, María y sus dos hijas llegaron a la Iglesia Fuente de Vida. María sonrió al instante recordando los buenos momentos vividos en ese lugar, Gustavo suspiró sonriendo también. Algunos miembros de la iglesia habían llegado a las siete de la mañana para cumplir con el matutino como parte del programa dominical. La mayoría había sido pastoreada por Gustavo y se alegraron al verlo. Se acercaron mostrando sincera alegría. La familia Romero se sentó en la primera fila y el servicio

transcurrió. El reverendo Mario llegó mientras el pastor Daniel Barrios presentaba a Gustavo como el predicador esa mañana y le cedía el pulpito. Lo vio subir al altar, tomar el micrófono y saludar a la congregación, se sentó también en la primera fila, notó que Benjamín no estaba y lo lamentó profundamente.

Gustavo leyó Evangelio Según San Lucas 7: 18-19:

-“...Y llamó Juan a dos de sus discípulos, y los envió a Jesús para preguntarle: << ¿Eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?>>.”

Luego de la lectura hizo una pausa, observó la congregación, vio a su esposa y sus hijas, al reverendo Mario Peraza, su amigo. Deseó que Benjamín también estuviera allí, lo extrañaba. Cerró los ojos y junto a la congregación oró al Dios bueno de su madre, su Dios, el Único y Verdadero.

Los creyentes estuvieron atentos a cada palabra, Gustavo reconoció una vez más que había nacido para eso, se dio cuenta que enseñar no es dar un espectáculo, no se trata de impresionar con frases que impactan pero que no guardan relación con la realidad, que de nada sirve formular principios y argumentos que no soportan la presión experimental, que se quiebran al ser aplicados, que no tienen frutos y que son solo expresiones sensacionalistas y huecas. La gente necesita escuchar verdades, saber que caminar por el sendero de la fe no es saltar de nube en nube y permanecer distante de los conflictos humanos; el sendero de la fe bien puede ser un valle de sombras de muerte, un valle de dudas. Dudar no está mal, a veces es inevitable; pero dudar lejos de Dios, de espalda a Dios, eso sí está mal, y no porque hace al hombre despreciable, no porque Dios lo condena. Ni siquiera lleno de dudas y lejos de Dios el hombre es despreciable para Él, no condena al hombre que dudando se aleja, lo ama, lo busca, le deja huellas, señales para que vuelva al sendero de la fe, lo seduce y lo atrae al desierto, a la soledad con Él, para hablarle a su corazón. Pero si el ser humano se aleja lleno de dudas qué esperanza tiene.

En treinta minutos Gustavo se aseguró de que la congregación entendiera que la condición humana es sinónimo de debilidad, argumentó que

Dios lo sabe y Jesús lo expresó, que Jesús toleró las emociones negativas, que justificó los sentimientos que enferman el alma humana y también demostró que se pueden sufrir esos sentimientos sin que el alma permanezca enferma para siempre. No es justo que la culpa separe al ser humano de la felicidad.

Nuevamente, después de treinta minutos, hizo una pausa, y concluyó diciendo:

-Juan está en una cisterna, tal vez sospecha que en cuestión de horas o días será decapitado. Juan siente miedo, él, la voz que clama en el desierto, quien denunció con coraje la inmoralidad de los líderes políticos y religiosos, que bautizó a Jesús y lo reconoció como el Cristo, como el hijo del Dios viviente, siente miedo. Y no solo miedo, también duda, si Jesús era el Cristo por qué no tuvo cuidado de él que se esforzó por preparar el camino, que le sirvió fervientemente; por qué no se acuerda de él y lo salva. Desesperado llama a sus discípulos y los envía a Jesús para preguntarles si acaso tendrían que esperar a otro Cristo. Jesús recibió a los discípulos de Juan, los escuchó y los envió de regreso con la respuesta. ¿Dejó de amar a Juan? ¿Lo desacreditó por sus dudas? ¿Se ensañó contra él? ¿Lo ridiculizó? Jesús le habló a la multitud en ese mismo instante acerca de Juan, les dijo: “¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?... ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta... Os digo que entre los nacidos de mujeres no hay mayor profeta que Juan el Bautista...”. No te culpes por tus dudas, no pienses que todo ha terminado, Dios no te ha olvidado, no podría hacerlo porque Él es Dios, siempre Bueno. Entiende que aunque no puedas comprender la crisis, las tragedias que te han tocado enfrentar, y aunque Dios tal vez todavía no decide actuar Él está dispuesto a acompañarte por el sendero de la fe, a transitar contigo los valles de sombras y de muertes... Si alguien aquí quiere restaurar su relación con Dios, hoy puede ser el día, este puede ser el momento.

Gustavo se estremeció al verlo avanzar por el pasillo entre las dos columnas de bancas dentro del templo. María lloró de alegría al instante cuando lo vio parado frente a Gustavo. Sus hermanas también lo observaron. Mario sonrió de alegría e inclinó su rostro dando gracias a Dios. Benjamín había llegado en el momento en que su padre subió al pulpito, se quedó afuera

contemplando la fachada, le dio la espalda para devolverse, pero no pudo, así que entró y se quedó parado en el patio del templo escuchando el sermón. Su corazón se agitó al escuchar las últimas palabras de su padre, comprendió en ese momento lo que no había querido admitir durante cuatro años. Su abuela no sanó, la muerte es un evento natural, no se puede culpar a Dios, duele renunciar a la presencia física de un familiar, es trágico enfrentar un nuevo comienzo, pero es parte de la vida. Se puede vivir a partir de ese momento lleno de ira, de confusión, de dolor, pero también se puede aprender; podemos frustrarnos al no tener respuestas a nuestras interrogantes, pero también podemos escucharlas y permitir que nos guíen por veredas sin perder de vista nuestro norte.

Gustavo bajó del pulpito y abrazó a su hijo. María los observó abrazados y en ese momento pensó que podría vivir en adelante sin ser la esposa de un ministro, que no le importaría que su esposo no pastoreara nunca más, lo seguiría amando. Cerró los ojos y dio gracias a Dios, vislumbró un mejor porvenir para su hogar y recordando las palabras de la abuela Paula miró a Mario sonriendo y le dijo:

-Él nunca me ha fallado.

